

1 Corintios 15: 1-12



Recordar lo que nunca deberíamos olvidar

A veces uno necesita que le recuerden lo más importante. ¿Te pasó alguna vez que sabías algo pero lo olvidaste justo cuando lo necesitabas? Como cuando estudiás para un examen, y justo en el momento de responder... se te borra todo. Algo así les pasó a los cristianos de Corinto.

Pablo les había predicado el evangelio. Lo escucharon. Lo recibieron. Incluso creyeron en él. Pero con el tiempo, comenzaron a confundirse. Escucharon otras ideas, voces que decían cosas diferentes, y empezaron a perder la seguridad en lo que una vez creyeron. Pablo entonces les escribe para **recordarles lo que nunca debieron olvidar**: el evangelio.

¿Pero de dónde salieron esas ideas confusas?

Corinto era una ciudad griega muy rica, comercial y llena de diversidad cultural. Por sus calles circulaban comerciantes, filósofos, religiosos de todo tipo... y también muchas ideas. Algunos de esos pensamientos venían del **mundo griego**, donde muchos creían que el cuerpo era malo y el alma era lo único valioso. Por eso, pensaban que resucitar el cuerpo no tenía sentido. La idea de una “resurrección física” les parecía absurda. Otros venían del **mundo religioso judío**, donde algunos grupos como los saduceos directamente **negaban que hubiera resurrección de los muertos**. Y también estaban las nuevas corrientes espirituales que decían: “Lo importante es lo interior, lo espiritual ... el cuerpo no importa”.

Todas esas voces se mezclaron. Y algunos creyentes de Corinto, en vez de quedarse firmes en lo que Pablo les había enseñado, empezaron a dejarse llevar por estas otras formas de pensar. Como alguien que comienza a caminar por un sendero firme, pero de pronto se distrae con los carteles, con lo que otros le dicen, y pierde el rumbo.

Pablo entonces les escribe y les dice algo así como: “¡Paren! ¡Vuelvan al principio! ¡Recuerden el mensaje original!”. Les dice:

“No se olviden del evangelio que les prediqué. Ustedes lo recibieron, creyeron en él, y por medio de ese mensaje son salvos... **si permanecen en él**” (v.1–2, paráfrasis).

imaginá que vas por un camino de montaña y, de pronto, aparece neblina. No ves nada. Lo que te puede salvar es recordar el camino que ya conocés. Eso hace Pablo. Les

devuelve el mapa. Les dice: “Esto es lo que vale. Esto es lo que salva. Esto es lo que nunca deben olvidar”.



El evangelio no es solo historia: es el poder de Dios para hoy

Cuando Pablo les recuerda a los corintios el evangelio que él mismo recibió, no les está contando un simple recuerdo del pasado, como si fuera una anécdota lejana o un hecho de museo. No. Les está recordando **la base viva de su fe**, lo más esencial que sostiene su relación con Dios.

Él dice:

“Lo primero que les enseñé fue lo mismo que yo aprendí: que Cristo murió en lugar de nosotros, que éramos pecadores. Tal como lo enseña la Biblia, que fue sepultado y, después de tres días, Dios lo resucitó”.

¿Ves? Pablo no está hablando de una idea bonita o de una tradición religiosa. Está hablando de **hechos concretos**:

- Cristo **murió por nuestros pecados**
- Fue **sepultado**
- **Resucitó al tercer día**
- Y **se apareció** a muchas personas.

Este es el corazón del evangelio. Y es importante entender esto: **el evangelio no es solo algo que pasó hace más de dos mil años... ¡es algo que sigue teniendo poder hoy!**

Hay un viejo dicho que dice: *"La historia se estudia, pero no se vive."* Eso puede aplicarse a muchas cosas: una guerra, un descubrimiento, un invento. Pero con Jesús es distinto: **su muerte y resurrección no son solo historia, son vida para nosotros hoy.**

Pensemos en un ejemplo:

Imaginá que estás enfermo, y alguien descubre una medicina que puede curarte completamente. No basta con que esa medicina haya sido inventada hace años. **Tenés que recibirla. Tomarla. Confiar en que hará efecto.**

Así es el evangelio. Jesús ya hizo lo necesario. Murió en nuestro lugar. Pagó por nuestros pecados. Y resucitó. Pero **cada uno debe recibir esa verdad con fe y vivir según ella.**

Y Pablo da pruebas. No dice “confíen ciegamente”. Dice:

“Se apareció a Pedro, después a los doce, después a más de quinientos hermanos a la vez...”

.

¡Más de 500 personas lo vieron vivo después de haber muerto! Y algunos de ellos todavía vivían cuando Pablo escribió la carta. Era como decir: “Si no me creen a mí, pregúntenles a ellos”.

Pablo quiere que sus lectores entiendan que **no hay otro mensaje más confiable, más fuerte, más poderoso, más lleno de vida que el evangelio**. Por eso insiste en que **esa verdad debe ser el fundamento en el que permanezcan firmes**. No importa cuántas voces suenen alrededor, cuántas ideas parezcan “más modernas” o “más profundas”. Lo que realmente importa, lo que cambia vidas, lo que salva, es **Cristo crucificado y resucitado**.



La gracia no se gana: se recibe, y transforma vidas

Hasta ahora, Pablo les había recordado el mensaje que salva: la muerte y resurrección de Jesús. Les mostró cómo se apareció a muchos, como prueba de que todo eso era real. Pero en este punto, Pablo hace algo inesperado. Se pone él mismo como ejemplo. Dice:

“Por último, se me apareció a mí... aunque yo no merecía que me llamaran apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios”.

¿Quién era este hombre antes de ser conocido como Pablo? Su nombre era **Saulo de Tarso**. Un fariseo muy religioso, muy estudioso, muy estricto... pero que **odiaba a los cristianos**. Pensaba que estaban equivocados, que eran una amenaza, y por eso **los perseguía, los encarcelaba... incluso aprobó la muerte de algunos de ellos** (Hechos 8:1).

Imagínate esto: un joven con poder, educación, respaldo religioso... y odio en el corazón. Saulo respiraba amenazas. Su misión era destruir a los seguidores de Jesús. ¿Te imaginás a alguien más lejos de Cristo que él?

Pero un día, cuando iba camino a la ciudad de Damasco para arrestar cristianos, **Jesús mismo se le apareció**. Una luz del cielo lo envolvió, cayó al suelo, y una voz le habló:

“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”

Era Jesús. Vivo. Resucitado. Personal.

Desde ese momento, **todo cambió**. El perseguidor se volvió predicador. El enemigo de Cristo se volvió su apóstol. El que metía cristianos presos, ahora iba preso por anunciar el evangelio. Y es por eso que Pablo dice:

“Soy el último de todos, no merezco nada... pero por la gracia de Dios soy lo que soy”.

Qué palabras tan poderosas! Pablo no se jacta de su pasado, ni dice que cambió por su esfuerzo. No. Dice que **fue la gracia de Dios** la que lo rescató, lo perdonó, lo transformó.

Y esa **misma gracia** es la que puede alcanzar a cualquiera, **sin importar su pasado**.

¿Tenés errores? ¿Hiciste cosas mal? ¿Te sentís lejos de Dios?

Pablo era un asesino de cristianos... y Dios lo convirtió en el apóstol de las naciones.

La gracia no se compra, no se merece, no se gana con buenas obras. Se recibe por fe. Y cuando la recibís, **te cambia por dentro**. Como a Pablo. Como a miles. Como a vos, si dejás que Dios obre en tu vida.



Lo importante no es el mensajero, sino el mensaje que creés

Después de contarles lo que pasó con él, Pablo cierra esta parte con una frase muy sabia: "Pero ni yo ni los otros apóstoles importamos. Lo que sí importa es que todos nosotros hemos anunciado esa buena noticia, y que ustedes han creído en ella".

Mirá qué humildad. Pablo dice: *"No importa si lo escuchaste de Pedro, de Santiago, de mí, o de otro apóstol. Lo importante no somos nosotros, sino lo que creíste"*.

Es como cuando alguien te da una carta con una gran noticia. Lo que cambia tu vida no es quién te la entrega, sino **el contenido de la carta**. Así es el evangelio. No importa si lo escuchaste en una iglesia grande o en una celda, si te lo compartió un pastor o un hermano. Lo importante es **si lo creíste de verdad**.

Porque el evangelio no es una historia bonita. **Es poder de Dios para salvarte**. No es un mensaje más. Es el mensaje que **decide tu eternidad**.

Y por eso Pablo termina con una pregunta que suena fuerte:

"Entonces, ¿cómo es que algunos de ustedes dicen que los muertos no resucitan?"

Esa pregunta revela que **algo se había quebrado** en la fe de los corintios. Habían creído, pero empezaron a escuchar otras voces. Voces que decían:

"No hay resurrección... esto es solo simbólico... cuando morís se termina todo..."

Y vos? ¿Qué voces estás escuchando? ¿Las que vienen de la Palabra de Dios o las que vienen del mundo, de las redes, de la calle?

Reflexión final: ¿En qué estás parado?

Este texto nos hace mirar adentro. Porque no alcanza con "haber creído una vez". Pablo dice: Si siguen confiando firmemente en ese mensaje, serán salvos... si no, de nada les servirá haberlo aceptado".

Dios no quiere que tengas una fe de momento. Quiere que tengas **una convicción firme, profunda, real**.

De qué estás convencido? ¿Creés realmente que Jesús murió por vos? ¿Creés que resucitó? ¿Vivís como alguien que fue perdonado y salvado por gracia?

Porque si creés de verdad... entonces también vivís con esperanza. Y si vivís con esperanza, **no tenés miedo a morir**, ni a lo que viene después. Porque sabés que **Jesús venció la muerte**, y un día **te va a resucitar también a vos**.

El evangelio es la mejor noticia del mundo. Pero sólo transforma **si la creés de corazón**.